

X.

Aquella misma noche, la familia toda del abogado se hallaba reunida en el comedor, alrededor de una mesa cubierta por un tapete verde, é iluminada por una gran luz. El padre escribía sin levantar jamás los ojos del papel; la madre leía, y en un rincón, jugaban y charlaban los hijos: una niña de ocho años, blanca y sonrosada como un niño inglés, y otros dos niños, uno poco mayor de seis años, y el otro de cinco. La niña tenía el pelo suelto, y siempre que reía, sacudía graciosamente la cabeza para echárselo á la espalda. A cada movimiento que el padre hacía, callaba de repente y hacía señal á sus hermanos para que callasen; luego continuaba hablando en voz baja y riendo. En el momento que el padre miraba con los ojos fijos, la boca entreabierta y la mano suspendida, como en actitud de decir:—¡Silencio!—estaba hermosa como un ángel, y la madre la observaba en este momento.

Sobre la mesa, al lado donde estaban los muchachos, había un billete de una peseta; el niño mayor lo cogió, y acercándolo á la llama de la lámpara, y mirando con timidez á su padre, dijo en voz baja á su hermana:

—¿Y si lo quemase?

—Yo creo—dijo ella en alta voz, y con acento en que se echaba de ver la satisfaccion de enseñar alguna cosa—con tal que no lo quemases todo, todavía podría servir.

El muchacho dijo que no lo creía.

—¡De seguro!—replicó la niña—yo lo sé.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Lo sé, porque lo he oído decir, y tambien estas tú, el dia que fuimos al Paseo Imperial; ¿te acuerdas de aquel señor que nos acompañó á la Puerta Romana, que hablaba con Carlota, y le decía que un amigo suyo había hallado un billete de cien pesetas, casi quemado del todo, que se lo había dado á él para que fuera á cambiárselo al Banco por otro entero? ¿Y que los del Banco habían visto que en el billete quemado había escrito un nombre, ó un número, y que por el número habían sacado que el billete había sido bueno, y que por esto se lo cambiaron? ¿Has entendido?

—¡Hombres acompañando á Carlota!—pensó la madre, apretándose los lábios.

El abogado miró á su mujer, y dijo en voz baja:

—¿Has oído?...

—¿No es verdad, papá—preguntó la niña— que los billetes quemados, cuando queda un pedazo, los cambian en el Banco?

El padre indicó que sí, y siguió escribiendo. A los pocos momentos miró á su alrededor como si buscara algo; luego se levantó, tomó una luz y salió del cuarto.

La madre entonces interpelló á la niña:

—Amalia, véte y dí á Carlota que venga á mi cuarto, que tengo que hablarle.

Dicho esto, se levantó y salió.

Amalia corrió á dar el recado á Carlota, que era la niñera.

A los pocos momentos, volvieron á entrar ambas en la sala; aún no había vuelto el abogado.

—¿Dónde habrá ido?—preguntó la señora.— Amalia, véte á ver dónde está.

Mientras Amalia se levantaba, apareció su padre; le miraron; estaba turbado.

—¿Cómo,—preguntó él, mirando ora á su mujer, ora á la niña—cómo es que se encuentra en nuestra casa este objeto?

Y enseñaba una cosa de forma cuadrada y de color rojo que tenía en la mano.

Amalia se puso encendida como la grana.

—Amalia—dijo el padre—ven conmigo.

Se levantó la niña temblorosa, la cogió de la

mano y la llevó fuera de la sala, dejando á la señora y á los dos niños atónitos. De habitacion en habitacion, el padre y la hija llegaron á un cuarto bajo, sin ventanas, donde se amontonaban los trastos viejos y los cajones, y allí se detuvieron.

Acercó el padre la luz á un rincón, é indicando un agujero abierto en la pared, preguntó á Amalia:

—¿Eres tú la que ha escondido aquí este objeto?

—...Sí—respondió la niña.

—¿Cuánto tiempo hace?

—...Un mes.

El padre se quedó pensativo; luego cogió de la mano á Amalia, la llevó á una habitacion inmediata, se sentó, y preguntó:

—¿Cómo ha llegado á tus manos este sobre?

La niña rompió á llorar.

—Dí la verdad—replicó él.

Entonces Amalia, temblorosa, llorando, balbuceando, contó que una tarde, corriendo con sus amigas por los paseos del jardín Máximo de Azeoglio, y precisamente cuando daba vueltas alrededor de un banco, había tropezado su pié con aquel objeto, y sin pensar que pudiera ser más que un pedazo de papel, se lo había metido en el bolsillo porque era encarnado y le gustaba. Luego, volviendo por el mismo sitio, había visto que un jóven se lamentaba con las niñeras, porque los niños le habían quitado una cosa, y ella había com-

prendido que se trataba precisamente de lo que ella había cogido, y quería restituirlo; pero se había agrupado ya tanta gente, y el jóven se iba poniendo tan encolerizado, que no tuvo valor para adelantarse y decir que ella lo tenía. De pronto, la mujer que los había llevado al jardín, que era la niñera de los niños de una señora vecina, la había cogido de la mano para llevársela, diciendo:

—Ea, vámonos; si no vá á ocurrir un escándalo.

Y entonces ella se había arrepentido tanto de no haber devuelto el objeto, que hubiese vuelto atrás; pero era ya tarde. Mas una vez en casa, descubriendo que en el sobre rojo había un retrato, había decidido restituirlo á toda costa, y durante muchas noches, al ir al jardín, se lo había puesto en el bolsillo por si se encontraba con aquel señor. No le volvió á ver, y entonces, sin esperanza de encontrarlo, había escondido el retrato en el cuarto bajo sin decir nada á Carlota, pensando:

—¡Quién sabe! quizá le encontraré algun día, y entonces se lo podré devolver.

—¿Tú habías visto alguna vez á aquel caballero?

—Nunca, jamás—respondió la niña;—aquella fué la primera y la última vez.

Su padre, despues de mirarla con fijeza, le hizo señal de que se fuera; y ella, todavía con las lágrimas en los ojos, pero contenta por haber sa-

lido tan sencillamente del aprieto, escapó como un pájaro. El abogado se quedó pensativo, con el retrato en la mano. Le había encontrado en un agujero del cuarto bajo, por casualidad, buscando otra cosa. Despues de mirar la imágen, había vuelto el carton, haciendo un gesto de viva sorpresa. Por el revés había escrito:—A mi hijo Alberto. María P.—el nombre del escribiente que él había despedido. Debajo del nombre, había escrito en caracteres gruesos:—29 de Marzo, 27 pesetas.—Casa, 18, pagada:—Me quedan: 9.—Estas nueve pesetas estaban repartidas, comenzando desde el primer dia de Abril, en siete partes iguales, un número debajo de otro, como para hacer una suma, y al lado de cada número había escrito en caracteres pequeños:—Pan y fruta.—El octavo dia de Abril estaba señalado con un 8, pero sin indicacion alguna de gasto; en cambio había escritas con lápiz las siguientes palabras:

—¡A los veinte años! ¡Dios mio!

Recorriendo aquellos números y aquellas palabras, el abogado se había puesto pálido; luego se le ocurrió si aquel retrato le habían puesto á propósito en aquel sitio para que llegase á sus manos. En esta situacion, y cuando volvió al comedor, é hizo aquella pregunta, y habiendo notado el enrojecimiento de Amalia, preguntó y supo todo lo ocurrido.

—¡Luego no es un artificio!—se dijo apenas

quedó solo.—¡Este retrato ha venido á mis manos por casualidad! ¡Este escrito dice la verdad! ¡Este pobre jóven no tenía dinero, no podía, pues, haberlo robado, era inocente; y yo le he ofendido, humillado, arrojado de aquí, condenándole á la miseria y al hambre!—añadió con voz conmovida y poniéndose en pié.—Es preciso ir en su busca, pronto, donde quiera que esté.

En este punto se detuvo, pasándose una mano por la frente.

—Pero la prueba—dijo—la prueba de que me he engañado, la seguridad entera y absoluta, ¿quién me la dá? ¿Qué fué del billete? ¿Quién puede haberlo cogido sino él?

Y volvió á sentarse pensativo.—¡Quizá cayó en el fuego!—añadió al cabo de un rato.—¿Si se habrá quemado mientras yo salí del gabinete?—

Aquella palabra "quemado" le trajo á las mientes la conversacion de Amalia, el jóven que había acompañado á Carlota, el amigo, el Banco... cruzando por su mente una vaga sospecha. Se levantó para ir á llamar á la niña, en el momento que entraba su mujer.

—Oye,—le dijo esta sonriendo,—he hablado con Carlota, y le he preguntado quién era el que la había acompañado cuando iba á paseo con la niña. No se turbó ni poco, ni mucho, contestándome con admirable desenvoltura, que es una persona de bien, y para probármelo me dijo que

es un íntimo amigo de un escribiente que goza de la mayor simpatía contigo.

—¿Qué escribiente?—preguntó el abogado. La señora dijo el nombre del antiguo amigo de Alberto.

—Y le pregunté tambien—añadió—qué cosa era el embrollo del billete. Diciéndome que en efecto el hecho era tal cual Amalia lo había referido; pero que ni en esto veía nada de malo porque el billete le habían encontrado en medio de la calle, y aquel caballero, antes de cambiarlo, había buscado inútilmente el dueño.

—¿Pero quién fué el que encontró el billete?

—Tu escribiente, el que te acabo de nombrar.

El abogado se quedó pensativo.

—¿Pero y el retrato?—preguntó la señora.

—Véte,—dijo de pronto su marido,—y pregunta á Amalia cuánto tiempo hace y en qué día le habló del billete el que las acompañó.

Fué la señora.

—Tu rendido escribiente—volvió diciendo al cabo de un minuto—hizo cambiar el billete en uno de los últimos días del mes de Marzo.

—¡Ah!—gritó el abogado,—no cabe duda ¡por consiguiente!

Diciendo esto, sobrecogido por un sentimiento de piedad y de remordimiento, estropeó entre sus manos convulsas el retrato; luego, fijando su vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer una lágrima y le pidió perdon.

XI.

A la mañana siguiente, Ricardo salía de casa con anticipación, dirigiéndose hacia el bufete del abogado de Alberto. Habiendo salido vanas todas las esperanzas de hallar un empleo para el pobre jóven, habíase preguntado si no sería mejor intentar que volvieran á admitirlo en el bufete, procurándole de esta suerte, á la vez que el pan que necesitaba, una reparación de honor, á la que tenía perfecto derecho.—El abogado pensaba para sí por el camino:—No ha encontrado el billete, porque si así fuere, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, sin embargo, hacerle creer que fué hallado mucho tiempo después, hoy mismo, por otro empleado del bufete, con el cual me pondría yo en relación para inventar una historia verosímil. Si el billete verdadero ha caído en manos de alguno, éste, seguramente, no vendrá á decir:—Le he encontrado yo y vosotros sois unos impostores;—porque si hasta ahora

no lo ha restituido, no podrá restituirlo. Pero es preciso buscar quien se preste al engaño. ¿Y quién vá á rechazarlo, cuando yo vaya y diga:—Os doy mi palabra de honor, todos mis amigos están dispuestos á prestarla del mismo modo, de que este jóven no puede haber robado el billete? Y además... si ni así mismo sale bien la cosa, será siempre un bien que el abogado sepa que este jóven desgraciado tiene alguien que le estima y que lo cree inocente.

Hacia un día húmedo y melancólico que parecía prometer semana de lluvia. Una vez en la plaza de la Catedral, vió Ricardo mucha gente arremolinada alrededor del campanario de Giotto, particularmente en las dos verjas que cierran el espacio entre el campanario y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á uno qué había ocurrido.

—Se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario—respondió el interrogado, con el acento de piedad forzada y de sonrisa de complacencia satánica que se descubre en la cara de la mayor parte de los curiosos en semejantes ocasiones.

—¿Ha muerto enseguida?—preguntó Ricardo.

—¡Figúrese Vd.!—respondió el otro sonriendo de nuevo.—¡Cómo se ha desfigurado! ¡Hay un lago de sangre! ¡Vaya á verlo!

Ricardo siguió adelante; pero apenas había dado diez pasos, volvió piés atrás precipita-

damente, volviendo á preguntar á la persona de antes:

—¿Y quién es el que se ha arrojado?

—Un tal Rivarolo, dicen; un empleado, un hombre como de cuarenta años; ¡si viese cómo se ha aplastado la cara! Dá horror. Yo fui de los que primero le vieron. Acérquese antes que lo cubran.

Ricardo emprendió su camino.

Al cabo de algunos minutos llegó al bufete.

Ya habia pensado con quién habia de hablar, y por esto, al entrar, preguntó directamente al portero quién era el empleado más jóven. El portero le dijo su nombre, el mismo que nosotros conocemos, y Ricardo, dándole una tarjeta, le suplicó que fuera á anunciarle.

A los pocos instantes, apareció el escribiente. Era una figura mezquina y vulgarísima, marcada por la petulancia de los jóvenes comerciantes, que charlan de modas con las señoras. Atildado como siempre, sonriente, se inclinó, hizo pasar á Ricardo á una habitación, cerró la puerta, y le preguntó con voz obsequiosa:

—¿En qué puedo servirle?

—Ricardo era un buen mozo, moreno y elegante con un par de ojos como saetas, y la actividad viva y espontánea del caballero napolitano que pone en embarazo á la gravedad un poco pesada de los septentrionales. Apenas se halló delante

del escribiente (sobre el cual no tenia la menor sospecha), le miró fijamente, segun su costumbre, con mirada fina y profunda que le obligó á hacer ligera inclinacion.

—Soy amigo de un conocido suyo—dijo enseguida con tono lleno de cortesía—el Sr. D. Alberto P., que fué por algun tiempo escribiente en este bufete.

El escribiente se inclinó de nuevo.

—He venido aquí—replicó Ricardo—no envia-
po por él, al contrario, sin él saberlo, espontáneamente y por impulso de mi conciencia, á suplicarle que me ayude á cumplir un deber.

El escribiente hizo ademán de preguntar.

—El Sr. D. Alberto, como Vd. sabrá—prosiguió Ricardo—ha sido acusado de haber sustraído de encima del escritorio del principal, un billete de cien pesetas.

El jóven lanzó un suspiro como para decir:

—¡Así es!

—Pues bien—añadió con acento de resolucion—tal acusacion es falsa.

El escribiente se le quedó mirando con la vista turbada; pero no viendo sobre aquella cara ni siquiera la sombra de segunda intencion, se serenó é hizo ademán respetuoso, que quería significar:

—Tambien yo me inclino á creerlo así.

—Yo conozco al Sr. D. Alberto—continuó Ri-

cardo—le conozco hace mucho tiempo, íntimamente, y le creo incapaz de cometer una accion indigna; salgo garante como de un hermano mio; si ocurriera, otras cien personas estarían prontas á afirmar lo mismo; la pérdida del billete será una cosa inexplicable, pero Alberto es inocente. Se encuentra reducido á la extrema miseria, y sobre esto, deshonorado. De esta injusticia tendrá culpa la casualidad tan solo, quiero creerlo así; tanto más será deber de todos los que conozcan á Alberto, el hacer cuanto sea posible para restituirle lo que ha perdido. Sería forzoso que hallásemos medio de que volviera á ser admitido en el bufete, persuadiendo al abogado de que es inocente. Vd. que es jóven, que tiene corazon, que conoce al pobre infeliz, debe ayudarme. Pongamos cada uno lo que mejor podamos. Le aseguro que será una noble y buena accion. Busquemos medio de vencer á su principal.

El escribiente miró atentamente á Ricardo, y sintiéndose cada vez más seguro, exclamó con voz piadosa y compungida:

—¡Pero cómo hallar este medio, Santo Dios! ¡No hubo testigos, el billete no se ha vuelto á encontrar, nadie ha sabido dar explicacion...

—¡Pero se puede hallar este medio—replicó Ricardo, animado por la benévola disposicion del jóven—se puede inventar! ¡Desde el momento en que Vd. y yo estemos persuadidos de que Alber-

to es inocente!.. entre nosotros dos podemos combinarlo todo, sin que nadie se entere de nada, ni ahora, ni nunca. Créame, que se lo agradeceré toda la vida.

Diciendo esto, le apretó las manos y se las sacudió por un movimiento del corazon.

—¡Pero qué vamos á decir, qué vamos á inventar!—respondió el escribiente, rascándose la cabeza y fingiendo buscar.

—¡Se dice que el billete se ha encontrado—exclamó con vivacidad Ricardo—y se le presenta al abogado un billete de cien pesetas! El billete lo pongo yo; Vd. se presenta al abogado, fingiéndose contento de haber hallado la justificacion de un amigo, y le dice:

—¡Hé aquí el billete que Vd. creía que le habían robado, yo le he encontrado!

—¡...Yo?—preguntó el escribiente, turbándose ligeramente?

—¡Pero qué cosa más natural?—replicó Ricardo redoblando el interés y cogiendo de la mano al jóven.

—Pero...—respondió éste dudando—...encontrar un billete... intacto... despues de tanto tiempo... ¿dónde? ¿de qué manera? ¿cómo explicar el que desapareciera?

—Se puede explicar perfectamente. Combine mos juntos la explicacion: Héla aquí, por ejemplo. Cuando el abogado se levantó para salir de

su gabinete—donde Alberto estuvo solo un momento—al levantarse, hizo resbalar el billete al suelo; al pegar con la mesa, estaba la estufa encendida. El billete cayó encima de las brasas, y se quemó casi por completo. Lo recogió el portero de noche con otros pedazos de papel, en que iba envuelto, arrojándolo todo al cesto. Vd., buscando una carta perdida, metió la mano en la... —¿Por qué le parece tan extraño?

Ricardo, levantando de improviso los ojos para mirar al escribiente, había cogido al vuelo una expresión tan inesperada de turbación, que no había podido menos de soltar aquella interrogación brusca. Sin pensarlo, había propuesto como fingido lo que en efecto había pasado, con la sola diferencia de que la mano no la había metido en la cesta, sino el día después de perderse el billete, en lugar de meterla en el mismo día, como Ricardo proponía.

—¿Por qué le parece tan extraña?—repitió éste, fijándose con más atención en el escribiente.

Este había perdido totalmente la brújula.

En lugar de remediar como mejor pudiera la primera imprudencia, se estuvo un momento sin responder, encendido, confuso, mirando por aquí y por allá el pavimento, y luego de mala gana, dijo:

—No... Yo no quiero meterme en estos enredos... ¡y no quiero... que nazcan sospechas!... y

...—Sospechas...—murmuró el escribiente en el colmo de la confusión—sobre mi honradez.

—¿Sobre su honradez?—exclamó Ricardo mirándole bien á la cara.—¿Pero qué es lo que usted quiere decir?

—¿Sí señor!—respondió en voz alta el escribiente, que habiéndose apercebido del paso en falso que había dado, hubiera querido levantarse, y no sabía ya dónde agarrarse, y hablaba á la ventura.—¿Sospechas sobre mi honradez! ¡Mi honradez está por encima de toda sospecha! ¡Soy bastante conocido! ¡Nadie podrá decir nada contra mí! ¡Pregunte á mis amigos, á mi jefe, á quien quiera! ¡De esto no hay que hablar! ¡Yo ni entro, ni quiero entrar en esto! ¡Ha comprendido? ¡Y Alberto que piense en sus cosas y deje en paz á quien no le molesta para nada! ¡Hemos concluido!

Ricardo no pudo menos de echarse á reír á carcajadas.

—¿Sabe Vd. que—dijo cruzándose de brazos y abriéndose de piernas—se diría que el ladrón es usted?

El escribiente se puso como muerto, y retrocediendo hácia la puerta, gritó con voz sofocada:

—¡Mire bien lo que dice!

—¡Ah, ahora empiezo á comprender!—respondió Ricardo poniéndose el sombrero y echándose hácia adelante.

De pronto se detuvo. Una mano desconocida

había aferrado la mano del escribiente en el umbral de la puerta. Este se volvió bruscamente, y viéndose frente al abogado, dió un respingo hácia atrás, permaneciendo un momento de espaldas contra la pared, hecho una estatua.

—Está bien... sí—murmuró luego con un hilo de voz—¡yo soy!

Y se alejó lentamente, resbalando contra la pared, como un muchacho que se ve amenazado de un puntapié.

XII.

Julia se había levantado aquel día temprano, había dormido poco y agitada por sueños dolorosos. La noche anterior le había parecido que Alberto estaba más desconsolado que de costumbre; más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y despues de haberle confortado largamente para que tuviera ánimo, no había alcanzado más respuesta:—¡Oh, Julia, yo no puedo vivir así!—Ella se habia acostado con el corazon traspasado por estas palabras, y al despertar, le parecía oirlas todavía.

Se vistió deprisa y fué á llamar al cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado:—Adelante, —dicho con voz cansada y melancólica. Nadie la respondió, nadie; abrió y entró. No estaba Alberto. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela casi consumida. Se acercó luego á la ventana y miró hácia fuera;

el cielo estaba de color de plomo y encapotado; un vago presentimiento de desventura le entró poco á poco en su corazón; volvió á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza sobre una mano, y comenzó á pensar, sumergida en profunda melancolía.

Al cabo de algun tiempo apareció su madre, se sentó frente á ella sin decir palabra.

Llamaron á la puerta, Julia fué á abrir, y una vecina vieja introdujo la cabeza diciendo:—¿Sabeis la novedad que ha ocurrido?

—No sé nada, respondió la muchacha.

—Un hombre se ha tirado del campanario de Giotto abajo.

—¿Cuándo?—preguntó Julia.

—Anoche.

—¡No, no, esta mañana!—dijo otra mujer que llegaba en aquel momento al descanso de la escalera, con un lio bajo el brazo—me han dicho que esta mañana, entre seis y siete.

—¿Quién era?—preguntó Julia.

—¿Quién lo sabe!—respondieron á una ambas mujeres.

—Julia se quedó pensativa un momento;—luego dijo para sí:—¡Pero qué!—sonrió, y luego otra vez se puso pensativa.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó su madre.

—Se ha arrojado un hombre desde el campanario de Giotto—le respondió Julia entrando en el cuarto.

La madre hizo un gesto de horror, y mirando con los ojos fijos á la hija, despues de un momento de duda dijo en voz baja con vigor:—¡Dios mio!... Si fuese...

—¿Quién?—gritó Julia

—¡Alberto!—murmuró aterrorizada la pobre vieja.

—¿Alberto?—respondió la muchacha con un acento indefinible de sorpresa y de espanto:—¡fíjate en lo que dices, madre! ¿Estás loca?... ¡Ciertas cosas no se deberían pensar siquiera!—y se echó á llorar.

—Parece—dijo otra mujer que pasaba y se detuvo delante de la puerta—que el que se ha arrojado del campanario es un empleado.

—Lo que yo digo—gritó Julia lanzándose hácia la puerta—es que nos dejeis vivir en paz. ¡Idos á otra parte con vuestra conversacion! Pero, ¡Santo Dios!—añadió luego acercándose á su madre;—bien podía haber dicho algo antes de salir, y no dejarnos aquí en situacion de pensar todo lo que pueda ocurrirle. ¡Vaya una manera: irse sin decir una palabra!... ¡Oid!—gritó corriendo nuevamente al descanso de la escalera y deteniendo á las mujeres, que ya se iban, murmurando:—¡perdonad!... ¡decidme!—Luego otra vez se volvió al lado de su madre:—¡Madre, no sé por qué tengo miedo!—Despues otra vez se fué donde estaban la mujeres:—Pero quién es el que os ha

dicho que fuese un empleado? ¿Cuándo se tiró?
¿Por qué?

—Por miseria,—respondieron las mujeres—
¡se comprende!

—¡Por miseria!—gritó Julia con voz desgarradora.

—Pero ¿qué es lo que teneis?—preguntaron á una las vecinas.

—¡Que qué tengo!—dijo la muchacha con la cara pálida y alterada.—Que se apodera de mí la desesperacion, hé ahí lo que tengo, que no sé lo que me hago.

—¿Quizá tiene miedo de que sea el jóven que está con Vds.?

—¡Sí!—contestó Julia, dando vueltas como una loca por la habitacion en busca de su manto;—¿todavía no lo habeis comprendido?

—¡Pero si no puede ser!—exclamaron las vecinas.—¡Aquiétese! ¡No debe ser él!—y trataban de detenerla.

—¡Dejadme pasar!—gritó Julia, lanzándose hácia la puerta.

—¡Pero si no es él!—gritaron en coro las vecinas y la madre, cogiéndola por el brazo.—¿Dónde quieres ir?—¡Tranquilízate, por caridad! No es él.

—Dejadme ir—gritó la muchacha fuera de sí.

Se desasíó con un violento esfuerzo lanzándose como una saeta por la escalera.

Dos desconocidos la detuvieron.

—¿Está en casa Alberto?—le preguntó uno de ellos.

Julia dió un paso atrás, le miró, y respondió con afanosa voz.

—¡No!—¿Quién es Vd.?

—Yo soy el abogado B***—respondió éste, mirándola lleno de maravilla.

—¿Ah, sí?—gritó Julia mirándole con expresion de locura;—y se atreve á poner el pié en esta casa... ¡Asesino!—

Diciendo esto se lanzó sobre él y le golpeó la cara con la llave.

Luego cayó en los brazos de las mujeres, exclamando:— ¡No! ¡no era un ladron!—y perdió el sentido.

—Váyase,—dijo Ricardo al abogado.—No está bien que se quede aquí, yo lo explicaré todo, dentro de un momento vuelvo á su casa.—Y se inclinó sobre Julia, mientras el abogado bajaba las escaleras, aturdido, enjugándose la cara llena de sangre.

XIII.

A las pocas horas Ricardo se había ido y Alberto llegaba á su casa. Con gran maravilla suya, se encontró á Julia tranquila y sonriente. Antes de todo le estuvo mirando un rato; luego le preguntó la razon de aquella tranquilidad. Julia puso en sus manos una carta, diciendo que la había traído un caballero. Alberto leyó:—"Se suplica al Sr. D. Alberto que tenga la bondad de pasar esta noche á las siete á la calle de (venía expresada la calle, el número y el piso), en donde se le dará una respuesta á su pregunta de hace dos dias; que espero sea favorable. Ricardo."

—¿Qué peticion es?—dijo Julia.

—La peticion de un puesto de escribiente en la oficina de un ingeniero,—respondió Alberto con tristeza.—Iré... á que me digan lo de siempre:—"Vuélvase por acá dentro de un mes."

—¿Pero quién vive en aquella casa?

—No lo sé.

Julia hizo un gesto de alegría, repitiendo:—"¡No lo sabe!

Y Alberto no dijo ni una palabra más.